# Las Batallas de Marzo

Por el Lic. FCO. ELPIDIO BERAS

T

# LA PRIMERA BATALLA DE MARZO

El 19 de Marzo de 1844, tuvieron por primera vez las bisoñas armas de la recién nacida República, oportunidad de contender en grande en Azua, con las ya expertas y probadas del Estado dominador. De entonces acá se ha producido una profusa literatura alrededor del renombrado hecho bélico; con todo, todavía el entendimiento, ávido de viejas verdades, ansía un relato veraz y suficiente del episodio sangriento que, atónitas, presenciaron en la exultada fecha las candentes tierras azuanas.

Nada se sabe del parte oficial de aquella pugna armada. No se llegó a publicar y si existe o no existe ya, es tema de misterio; lo que no obsta para que con las referencias conocidas sea fértil cualquier intento, laborioso, desde luego, de reconstruir la acción militar, anudando datos y coordinando referencias, con sujeción estricta a lógicos ordenamientos.

Persiguiendo el fruto de tan loable empeño, en lo que es generalmente conocido, quien quiera seguir el rastro a la realidad histórica, no puede ni debe pasar por alto ciertas caracterizadas versiones, que si insuficientes por sí solas para brindar a la inteligencia las perspectivas integrales que curiosa indaga, permiten en cotejándolas con perseverante ánimo, sacar a luz, modesta pero satisfactoriamente integrado, el relato cuya ausencia escuece a quienes se complacen en abrevar en los no siempre límpidos manantiales que alientan con sus murmullos los dominios de Clio, que debiera llevar para mejor



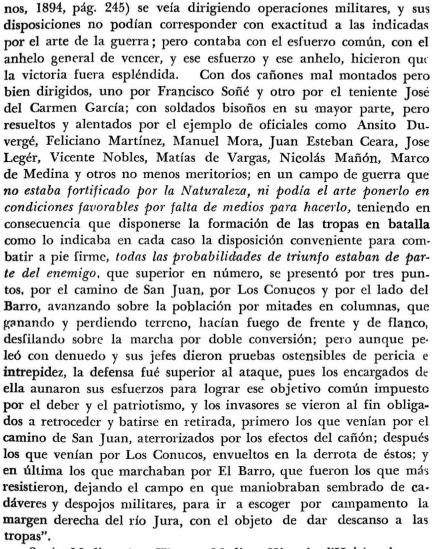
provecho de los mortales, vendados los ojos y en las manos equilibrada su balanza; y también la espada para escarmiento de quienes poseídos de furor profanan el sosegado ámbito en que sin urgencias de tiempo elabora ella sus juicios.

He hablado de determinadas versiones que compulsadas, ayudan a reintegrar sus apropiados contornos a lo de Azua. Señalo, de una parte, la del Cónsul de Francia en Santo Domingo, Mr. Juchereau de Saint-Denys, y la del historiador José Gabriel García; de la otra la de los haitianos Thomas Madiou y Dorvelas-Dorval. Sin duda que descuellan por su riqueza informativa en lo fundamental, la primera y última citadas. Amalgamadas y decantadas, ellas dan lo esencial del acontecimiento. Al ponderar su mérito no es posible desconocer que Saint-Denys escribió seis días después del encuentro, y que sus reconocidas y estrechas conexiones con la Junta de Gobierno de Santo Domingo, revisten de valiosa certidumbre sus noticias. Acaso si tuvo a la mano el relato desaparecido. En cuanto a Dorvelas-Dorval, él participó y se contaminó de la exaltación de la contienda. Su testimonio es de primer orden y trasciende sinceridad en su prosa transparente.

## CUATRO RELATOS

Según el primero, "el 19 a las 7.30 de la mañana, más o menos, (ver Emilio Rodríguez Demorizi, Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, pág. 73), los haitianos atacaron vigorosamente a Azua por el camino de Puerto Príncipe. Una pieza de cañón cargada de metralla les impidió avanzar. Un destacamento de una centena de hombres, dando un rodeo a un bosque, atacó la derecha del pueblo, por un camino que conduce al mar. Fué igualmente rechazado, después de haber perdido un coronel que vino a caer a algunos pasos de otra pieza de cañón emplazada en esa misma dirección. El destacamento se replegó entonces, para volver al ataque, y muy pronto el combate se empeñó con vigor sobre toda la línea al oeste del pueblo. Los haitianos se presentaron por un tercer camino que se encuentra a la izquierda del pueblo; pero por doquiera fracasaron. Al fin se retiraron a un sitio en que el camino forma un recodo, encontrándose así al abrigo del fuego dominicano".

"Era la primera vez de su vida que el general Santana (Compendio de la Historia de Santo Domingo, Imprenta García Herma-



Según Madiou (ver Thomas Madiou, Historie d'Haití, volumen III, pág. 135, bastante provista de información complementaria) "Los haitianos se movieron el 19 de marzo, el mismo día de su llegada, para penetrar en la ciudad, en la entrada de la cual las dos piezas (se refiere a los dos cañones de que hace mención antes) estaban perfectamente disimuladas. Eran diez mil hombres. Fueron recibidos

a cañonazos con metralla y obligados a replegarse, batiéndose en retirada un poco desordenadamente. Los dominicanos lanzaron contra ellos sus raros fusileros, los que le inquietaron hasta una legua de la ciudad. Nuestras tropas perdieron una cincuentena de hombres entre muertos y heridos, oficiales subalternos y soldados, entre otros el coronel Vincent del 9º (10º), muerto heroicamente a la cabeza de su regimiento, y el coronel Jena Gilles del 19º (20º), gravemente herido".

Más dramático y trasudando olor de pólvora y vaho de sangre reciente, Dorvelas-Dorval, oficial del ejército haitiano, dice: "El Presidente había marchado hasta aquí (ver Dorvelas-Dorval, Campaña del Este en 1844, Puerto Príncipe, Imprenta de Jr. Courtois, 1862) sin encontrar obstáculos; el general Riché estaba en la retaguardia. Su vanguardia, mandada por el general Thomas Héctor, desembarcó por Azua, el 19, al despuntar el día. Un escuadrón de dragones de la guardia nacional de Port Republicain, fué enviado a explorar; siguiéndoles los granaderos y cazadores de la guardia, a pie, y los 9º y 19º de línea.

Imprudentemente descubierta en su marcha, la columna penetra con confianza hasta la puerta oeste. Todo está en silencio en la villa. Thomas Héctor, demasiado impetuoso, ordena el paso de carga, v la columna se cierra en masa; pero es súbitamente ametrallada a quemarropa, por una pieza de grueso calibre disimulada. El coronel Therlonge hace abrir las filas, y la metralla no encontrando más que el vacío, rebota en la tierra levantando nubes de polvo. Nuestra ala derecha se diezma bajo una viva descarga, a través del bosque. Los regimientos 9º y 19º, a despecho de los cactus y otros cardos que cubren esos lugares, se disponen a flanquearlos y desalojan a los tiradores. Pero, ametrallados a su vez, en las inmediaciones del viejo convento, se repliegan en desorden, y sus dos coroneles caen, atravesados por el plomo. Aquí, es Alexandre, capitán de los cazadores de la guardia, quien, con una bala en cada muslo, grita todavía a los soldadas: "Coraje, hijos míos". Allí son Perpignan, Rinchere y Brunet Brice, intrépidos oficiales de estado mayor, que se extenúan en supérfluos esfuerzos; y allá, en el bosque, es Ledeux, quien evita la desbandada, bajo la descarga de los fusiles. Por todas partes en fin, es el viejo Thomas Héctor, que se multiplica, los ojos rojos de cólera, mostrando con su bastón roto por la metralla, la batería mortífera. Coraje y pura pérdida!....Nuestra pérdida fué de treinta hom

bres muertos y de numerosos heridos. Este falso ataque fué obra del error. Creíamos al general Souffront en posición; y no salimos de la equivocación, sino cuando no escuchamos ningún fuego de cañón apoyar el nuestro.

Convencido de la imposibilidad de ocupar la plaza con tan poca fuerza y sin artillería, el Presidente hizo tocar la retirada. Dejamos nuestros muertos, recojimos nuestros heridos, y nos atrincheramos del lado acá del río Jura, con la columna Souffront, demasiado tardía, y a la retaguardia Riché, con la fuerza de toda nuestra caballería."

## COINCIDENCIAS Y DIFFRENCIAS

Antes de intentar reconstruir el cuadro de la batalla, simple cuestión de método, un debate se hace imperativo. Importa que ciertos extremos sean simplificados, quitándoles la aureola de ambigüedad o confusión de que parecen revestidos.

Se pregunta uno si el enemigo atacó simultáneamente en todas direcciones, como sugiere García (volver a su relato) replegándose en el orden sucesivo que apunta, o si atacó, como afirma Saint-Denys (consultar nuevamente su versión), primero por el camino de San Juan (letra "b" en el gráfico Nº 1), después por el camino que "por la derecha del pueblo conduce al mar" (probablemente el camino a Pueblo Viejo), y por último por (letra "a" en el mismo gráfico) el camino del Barro.

Dorvelas-Dorval diafaniza el asunto parcialmente. El ataque contra Azua va dirigido a la entrada del camino de San Juan. Cuando después de ser ametrallado por la pieza de a 24, la derecha del atacante es diezmada por una descarga de dominicanos ocultos en un bosque, los regimientos 9º y 19º se mueven para desalojarlos, flanqueándolos; es evidente que el flanqueo supone la penetración en una senda a la izquierda de los emboscados, que es la derecha enemiga; al penetrar por esta brecha son ametrallados otra vez en las inmediaciones del viejo convento. Está claro. Esta maniobra cuya ejecución debió tomar su tiempo, después del ametrallamiento inicial por la pieza mayor en el camino de San Juan, es la que Saint-Denys describe así: "Un destacamento de una centena de hombres dando un rodeo a un bosque, atacó la derecha del pueblo (Saint-Denys, al igual que Dorvelas-Dorval, se orientó teniendo en cuenta las posiciones haitianas) por un camino que conduce al mar.

igualmente rechazado, después de haber perdido un coronel que vino a caer a algunos pasos de otra pieza de cañón emplazada en esa misma dirección".

El análisis anterior deja suficientemente esclarecidas dos cosas: que el ataque iniciado a la entrada del camino de San Juan, por una cuestión accidental (la necesidad de desalojar los fusileros dominicanos ocultos en un bosque inmediato) se extendió hasta obligar a una penetración por el camino que va al mar, designado por García camino de Los Conucos: que a la entrada de A/ua por aquí, había también emplazado un cañón, aunque de menor calibre que el otro, que era de a 24.

La exégesis demanda más esclarecimientos.

Después de la refriega en las cercanías del antiguo convento, Saint-Denys da cuenta de una nueva actividad que García y Dorvelas -Dorval aparentan ignorar. El la refiere así: "El destacamento (léase de nuevo su relato) se replegó entonces, para volver al ataque, y muy pronto el combate se empeñó sobre toda la línea al oeste del pueblo

Hay un indicio en la relación de Dorvelas-Dorval, que debe ser interpretado como afirmativo de la afirmación de Saint-Dennys, de que el destacamento ametrallado en las inmediaciones del convento (el que éste calculó integrado por cien hombres), después de replegarse volvió al ataque. ¿Qué otra cosa puede significar, que después del repliegue desordenado señalado por Dorvelas-Dorval, y consiguiente al ametrallamiento por el cañón, el general Thomas Héctor, con los ojos llenos de cólera, mostrara con su bastón roto por la metralla la batería mortífera? ¿No sugiere esto último, que el viejo Thomas Héctor señalaba el cañón a los reorganizados atacantes, para que se apoderaran de él?

Saint-Denys añade todavía, que al producirse este último nuevo ataque el combate se empeñó con vigor sobre toda la línea oeste del pueblo.

La cuestión puede explicarse si se retiene que ningún relator da noticias de que después de su ametrallamiento (por lo menos se produjeron dos disparos: uno efectivo y el otro que levantó en el suelo nubecillas de polvo), por el camino de San Juan, el enemigo se replegara por este lado. Si a esto se agrega que el segundo disparo de la pieza no hizo daños, o los hizo mínimos por haber ordenado el coronel Therlonge abrir las filas para evitar nuevamente los estragos de la metralla ya sufridos, se impone por vía de consecuencia, que



el fuego por el camino de San Juan (hoy plaza 19 de Marzo y sus inmediaciones) se mantuvo sostenido de ambas partes, aún hasta reanudarse la ofensiva en las cercanías del antiguo convento, después del desordenado despliegue, y que se iniciara en aquel momento el asalto por el camino del Barro, casi contiguo al de San Juan, por el sitio de inserción, y por lo tanto prácticamente en dirección oeste. Sólo esta suposición justifica el que, en la nueva fase de la lucha, el combate se empeñara con vigor sobre toda la línea al oeste del pueblo.

Dos circunstancias abonan este juicio: a) que la ofensiva por el camino del Barro es consignada por Saint-Denys (Dorvelas-Dorval es nulo en este aspecto), inmediatamente después de lo anterior, y b) que según García, los últimos en replegarse fueron los atacantes por la última ruta mencionada, lo que, conforme a razón, se deriva del hecho de ser los últimos en emprender hostilidades. Y sin duda también, de que la defensa en este rumbo debió ser menos compacta, mediando la circunstancia de que en este lado no había artillería emplazada.

García señala el camino que Saint-Denys identifica como el que por la derecha conduce al mar, como camino de Los Conucos. Este paraje que ya no figura en los mapas de la jurisdicción de Azua, sí se consigna en el mapa de Schomburgk de 1858, del que es resumen el gráfico Nº 1. Sin embargo, no hay señal que figure el camino. Pero del conjunto de las relaciones puede inducirse, sin dificultades, que esta vía coincidía con la que expresa el Cónsul de Francia, en las proximidades de Azua, comunicando su nombre a la otra, porque debió ser más importante.

No fué un hecho accidental el que Santana emplazara en esta dirección el segundo cañón de que disponía. Es evidente que de la ruta de Neiba, por donde avanzaba la columna Soufiront, fuerte de 1,800 hombres, podía pasarse al camino de Los Conucos. Es por esto que Madiou (obra citada, pág. 135, al final) conviene, hablando de la retirada de Santana, que: "El no ignoraba que la columna comandada por el general Souffront, se acercaba a marchas forzadas y podía de un momento a otro sorprenderle por la parte sur de la ciudad. Aserción que adquiere mayor certidumbre con el testimonio de Dorvelas-Dorval, quien declara en su ya citado relato que el asalto fué prematuro, pues ellos "creían al general Souffront en posición".

## VERSION INTEGRAL DE LA BATALLA

Sentadas estas premisas, sin gran riesgo de que uno se distancie de la verdad, podría narrarse a los alumnos de las escuelas, la acción de armas del 19 de Marzo así:

Al amanecer del 19 la plaza, sumida en un gran silencio, esperaba el asalto del enemigo. En efecto, ésto lo inició poco después de amanecer, con intrepidez y vigor notables, con su vanguardia mandada por el general Thomas Héctor, por la entrada del camino de San Juan. Sorprendido por las mortíferas descargas de metralla de una pieza de a 24 muy bien disimulada, que había sido emplazada en aquella dirección y por la de los fusileros emboscados, vióse detenido en su intento con mucha pérdida de los suyos.

Diezmada su derecha por el efectivo fuego de fusil que se le hacía desde un bosque contiguo al lugar de su intentona, se dispuso a desalojar de allí a los certeros tiradores, para lo cual se movió a su derecha por el camino de Los Conucos, y aunque logró su propósito, sólo fué para replegarse en desorden al ser sorprendido en las inmediaciones del antiguo convento de Las Mercedes, por otra descarga de metralla de un cañón de menor calibre también oculto. Aunque, con bastantes bajas, entre heridos y muertos, animado por el coraje de su general y otros oficiales, volvió a la carga, extendiéndose así la lucha hasta comprender toda la línea oeste abarcando ahora el combate el recinto de la plaza por el lado del camino del Barro.

Después de unas tres horas de viva acción, el enemigo inició la retirada, por órdenes del Presidente Charles Herard, siendo perseguidos por los pocos fusileros del jefe dominicano, general Pedro Santana, hasta el río Jura, donde se atrincheró llevándose sus heridos y dejando sobre el terreno unos 30 cadáveres de oficiales y tropa.

Se distinguieron con Santana en la movida acción, los intrépidos oficiales Antonio Duvergé, Feliciano Martínez, Manuel Mora, Juan Esteban Ceara, José Legér, Vicente Noble, Marco de Medina, y otros, al igual que Francisco Soñé y José del Carmen García, que dirigieron el fuego de los cañones.

Las tropas atacantes estaban constituídas por un escuadrón de dragones de la guardia nacional de Puerto Republicano; los granaderos y cazadores de la Guardia Presidencial y los regimientos de línea 9º y 19º



De los 1.500 hombres de Santana sólo 800 entraron en acción, habiendo sido sus pérdidas insignificantes.

## I.A RETIRADA

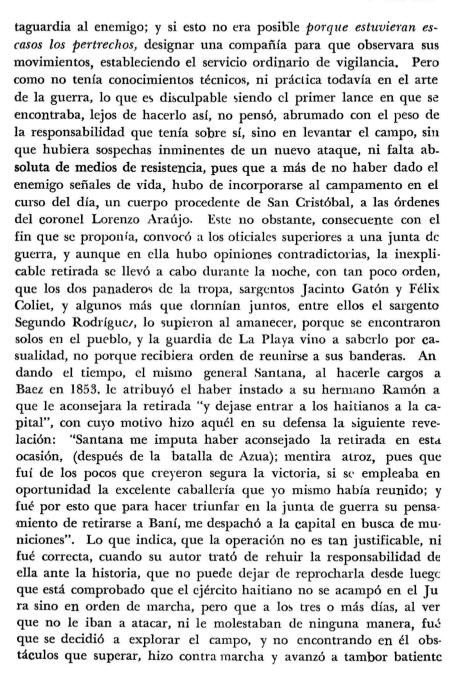
La noche del 19 al 20 Santana abandono el campo de batalla y se replegó a Sabana Buey y poco después a Baní, donde estableció su Cuartel General, después de dejar bien guarnecidos los puestos avanzados de El Número, El Memizo y El Maniel, posibles vías que utilizaría el enemigo en su marcha hacia Santo Domingo.

El 21 entró Riviere, después de haber sido informado por una mujer que regresaba de una peregrinación, que la población había sido desocupada; tomó posesión de ella. El inhumó sus muertos después de incinerarlos, ocupó los cañones abandonados y algunas municiones, provisiones secas y gran cantidad de azúcar en pilones. Sólo dos habitantes quedaban en el pueblo, dos mujeres: una loca y otra También se apoderó de algunos animales. de edad avanzada. Presidente efectuó después una gran revista en el "Champ de Mars", y después de leer sobre el Altar de la Patria la orden del día se dirigió al ejército (ver las mencionadas obras de Dorvelas-Dorval y de Madiou) en estos términos: "Soldados, cuento con vuestro coraje y el honor que os atañe a vuestras banderas. Azua les abre las puertas de Santo Domingo: ustedes marcharán conmigo hasta esa ciudad rebelde, donde las viejas bandas del Norte van a rechazar a los insurrectos, sordos a la voz de la fraternidad. Juren pues todos no regresar a vuestros hogares, sino después de haber reducido a los perversos, que conspiran la ruina de los hijos de Haití".

#### REPROCHES

El abandono de Azua ha sido objeto de enconadas controversias por parte de algunos que han pretendido discutirle a Santana sus virtudes militares. Las más acerbas críticas, han sido hechas por el historiador García. No quiero mencionar las de los enemigos de Santana en el exilio, por ser sospechosas de parcialidad, de antemano. Aquél, García, resume las suyas así: "Si el general en jefe hubiera estado a la altura del papel que representaba, habría comprendido que para coronar tan espléndida victoria, lo procedente era destacar alguna fuerza, de caballería o de infantería, que picara la re-





y banderas desplegadas sobre la plaza abandonada, que ocupó con todas sus existencias, para establecer en ella su campamento en orden de batalla".

Para que un juicio tan categórico como el de García se imponga como concluyente, cerrando todo resquicio a la duda, se impone fundamentarlo en algo más concreto y tangible que meras generalidades y especulaciones sofísticas que su mismo autor desautoriza, desnudándolas de toda virtualidad al dar por cierto que Azua era "un campo de guerra que no estaba fortificado por la naturaleza, ni podía el arte ponerlo en condiciones para hacerlo"; que a los nuestros "faltaban elementos adecuados con que ir a medir las armas con las de los contrarios" y que "todas las posibilidades de triunfo estaban de parte del enemigo". Ni aun la invocación que hace el relator a las recíprocas imputaciones que públicamente se hicieron en 1853 Santana y Baez, prueba nada en favor de la temeraria tesis, ya que las alusiones del último constituyen una flagrante tergiversación de hechos cuya adopción, ya no con espíritu de polémica como lo hizo García desde "El Teléfono" en 1889, sino en funciones de historiador, ha contribuído a extraviar la opinión acerca del debatido extremo histórico del que la admirable discreción de Manuel Ubaldo Gómez ha dicho en publicación histórica: "No es de estos apuntes averiguar si el abondono de Azua era necesario; eso corresponde a los técnicos en la guerra".

Se lee en el Manifiesto de Santana contra Báez, de fecha 3 de julio de 1853: "Después de aquella batalla (la de Azua) encontrándome a la cabeza del ejército vencedor en Baní, aguardando al enemigo, hubo un hombre en esta Capital que instó con empeño al general Ramón Santana, mi hermano, para que me aconsejara la retirada, y que dejase entrar a los haitianos en la misma Capital: lo que habiendo llegado a conocimiento de la Junta Gubernativa, así como otras intrigas de aquel mal consejero, motivó su prisión, que duró muchos días; y para librarlo de ella tuve que comprometerme con el mismo Gobierno, granjeándome además la animosidad de un gran número de patriotas que veían en él el más acérrimo enemigo de la causa dominicana. Y ese hombre era el mismo señor Buenaventura Báez".

La palabra de Santana es clara. Se encontraba en Baní, después del abandono de Azua, cuando Báez instó al general Ramón Santana para que le aconsejara la retirada y dejara entrar a los haitianos en



la misma capital. Una cosa es patente: que la retirada a que Santana hace referencia, no es a la de Azua, sino a una propuesta retirada de Baní, que dejara libre la vía al invasor para posesionarse de la antigua Santo Domingo.

Báez elude la terrible imputación y con un habilidoso trastrueque de cosas, desplaza a Azua el ataque de Santana, respondiéndole: "Santana me imputa haber aconsejado la retirada en esta ocasión; mentira atroz, pues fui de los pocos que creyeron segura la victoria, si se empleaba en oportunidad la excelente caballería que yo mismo había reunido". Conclusión: que la defensa de Báez no prueba con respecto al repliegue de Santana en la ciudad del Vía, cuestión que ni siquiera está implícita en su proposición; y mucho menos prueba que la operación fuera injustificable, incorrecta ni que su autor tratara de rehuir la responsabilidad de ella ante la historia, como aduce García, convalidando el artificio dialéctico de Buenaventura Báez.

Existen muchísimas menciones conclusivas en el sentido de que la retirada de Azua se debió, entre otros factores, a la inferioridad militar y numérica de nuestra tropa y a su desesperante carencia de armas de fuego.

En Azua no teníamos nada parecido a un ejército. Con excepción de los regimientos 31 y 32, no había allí ninguna tropa disciplinada en el arte de guerrear. A nuestros hombres, carentes de instrucción y disciplina militares, sometidos a un mando improvisado, faltábales esa unidad y fuerza cohesiva que es alma de las unidades de combate para acometer y resistir los impactos del castigo enemigo, y que sólo da la atmósfera del cuartel y del campamento. Amalgama de individuos venidos de todas partes del país, sin ningún vínculo castrense anterior, nuestro llamado ejército carecía de los perfiles de tal. Por esto los primeros combates de la independencia tienen, en lo que a nosotros nos va, tan acusada naturaleza de afortunadas emboscadas, más que de batallas.

Cabe recordar que en vísperas del movimiento, Sánchez y Vicente Celestino Duarte, pedían a Curazao "así sea a costo de una estrella del cielo", dos mil, mil o quinientos fusiles a lo menos; cuatro mil cartuchos; dos o tres quintales de pólvora; quinientas lanzas o las que pueda conseguir. (García, tomo II. Imprenta García Hnos. 1894. pág. 224). Por otro lado conviene no olvidar, que Riviére, en su recorrido de 1843, había tenido cuidado de vaciar los almacenes del Estado. (Dorsainvil, Manuel D'histoire du Haití, pág. 249 in fine.)



Madiou, corroborando el punto, señala que la mayor parte de los hateros que con Santana llegaron a la capital estaban armados de machetes, lanzas de madera coronadas de bayonetas o puntas de hiero, y que la Junta requisicionó, "fusiles de todas partes aún de los particulares, armando a los hateros de Hato Mayor, El Seibo e Higüey". (Obra citada, tomo II, pág. 131).

También Saint-Denys se hace eco de la misma carencia. En su carta del 13 de mayo a Guizot, le decía: "La Junta Central continúa con perseverancia y éxito sus trabajos de organización de defensa y de propaganda. No le faltan brazos; los campesinos acuden en multitud; pero las armas de fuego son muy escasas. Las que esperan de Curazao no llegan. (Emilio Rodríguez Demorizi, Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, volumen I, pág. 59 ab intio). Lo que además confirma la tan llevada y traída Resolución del 8 de marzo de la Junta Central Gubernativa, que en su artículo 5º proveía: "En las circunstancias actuales la Francia dará al Gobierno de Santo Domingo, fusiles, municiones de guerra, navíos y el dinero necesario para sostener y organizar su defensa y al mismo tiempo las tropas de que se pudiese necesitar".

En su carta del 15 de marzo de 1844, al Almirante de Moges, Saint-Denys vuelve sobre el tema (Rodríguez Demorizi, obra citada, pág. 69), y le expresa: "pero las armas de fuego son raras, muy raras; se las busca por todas partes, y por obtenerlas de nosotros creo que no hay sacrificio que no se esté dispuesto a hacer".

En el campamento haitiano había conocimiento del particular. En la post-data de la carta que desde la Bahía de Ocoa escribió de Moges a Saint-Denys el 1ro. de abril le informaba: "he oído decir que el general español se queja de no recibir ningún recurso de artillería, hombres y armas de sus conciudadanos en Santo Domingo". Agregando con énfasis sentencioso: "Quien quiere la paz debe prepararse para la guerra. Es un adagio viejo como el mundo". (Demorizi, obra citada, pág. 83).

Y en su inmediata carta del día 2, después de su entrevista con Herard Riviere en Azua (misma obra citada, pág. 81), vuelve a expresarse así: "He sabido que el general Santana extrañaba el abandono que en hecho se le tiene de armas, municiones y artillería sobre todo, de la que está desprovisto y, en fin, de que no se le contesten sus cartas, lo que no le permitía defender bien sus posiciones".



En su carta del 17 de abril a Guizot (Demorizi, obra citada, pág. 88). Saint-Denys apunta: "Después del día 19, fecha en la que los españoles victoriosos han sido obligados, faltos de municiones, se dice, a dejar en poder de los haitianos vencidos la importante posición militar de Azua, para replegarse a Baní, el Presidente Riviere y el general Santana no han salido de su acantonamiento". Después informa que Santana en Baní tiene 4,500 hombres, entre ellos sus fieles seibanos, y que sus tropas están bastante bien armadas, pues se recibieron recientemente 600 fusiles de San Thomas, siendo el resto suministrado por el arsenal de Santo Domingo, en el que se encuentra depositado un gran número de armas de fuego en mal estado que se ocupan en reparar sin descanso. Pero como si no se considerara seguro de que ya había armas suficientes (Santana según él tenía 4,500 hombres va), en su inmediata carta, también a Guizot, dícele: "Es necesario, señor Ministro, abrir un crédito a los dominicanos garantizado con Samaná, suministrarles las armas y la artillería de campaña que les faltan, darles algunos oficiales capaces y unos mil soldados que podrían sacarse de la Martinica; me parece suficiente en el estado actual de cosas, para asegurar el triunfo de su causa".

Es oportuno en este recuento, recordar la crónica publicada en "El Eco Dominicano", del 25 de abril por "Un Dominicano", que en uno de sus párrafos atestigua: "el pueblo de Azua, ocupado por nuestras tropas armadas en esos momentos más de entusiasmo y sed de venganza que de proyectiles", etc., etc., para significar más adelante: "El cañón, alguna fusilería y la mortífera lanza bien manejada y, sobre todo, la fiesta y vocinglería de la tropa que no entró en acción, hicieron retroceder al enemigo".

Madiou, en su obra citada, pág. 135, sustenta el mismo concepto; "Las pérdidas dominicanas, dice, fueron insignificantes. Juzgan que no podían resistir la superioridad de los haitianos bien armados y equipados. Santana evacuó la villa de Azua la noche del 19 al 20 de marzo, llevándose las municiones de guerra y de boca que pudo El no ignoraba que la columna mandada por el general Souffront llegaba a marcha forzada y podía a cada instante asaltarlo por la parte sur del pueblo". Es conveniente recordar todavía que él mismo, en su relato de la pelea, hace mención a la intervención de nuestros fusileros de esta guisa: "Los dominicanos lanzaron contra ellos (los haitianos) sus escasos fusileros, que los inquietaron hasta una legua de la villa".

El mismo García no es ajeno a este extendido clamor. obra citada, pág. 244 infine, anota que: "si el general en jefe hubiera estado a la altura del papel que representaba, habría comprendido que para coronar tan espléndida victoria lo prudente era destaçar alguna fuerza, de caballería o de infantería, que picara la retaguardia al enemigo; y si esto no era posible borque estuvieran escasos los pertrechos, designar una compañía para que observara sus movimientos". Más adelante, en la pág. 253, al referirse a la acción de El Memiso, dice que Duvergé logró rechazar al enemigo "haciendo uso, a falta de pertrechos, hasta del derrumbamiento de grandes piedras", afirmación que robustece Saint-Denys, que en su carta del 17 de marzo a Guizot (obra citada, pág. 103), le participa que "en el encuentro del Memiso, algunos centenares de haitianos, aunque superiores en número a sus adversarios, se han replegado vergonzosamente, y casi sin defenderse, a su cuartel general de Azua. Los dominicanos, dícese, los atacaron y rechazaron a pedradas".

Del 2 de marzo al 20 del mismo mes, en una serie de cartas a Bobadilla, Santana, exasperado, se queja de su penuria en armamentos, provisiones de boca y de dinero. Es difícil que un espíritu reposado e imparcial sospeche en ello una superchería, después de oídas las diversas y distintas fuentes informativas que se hacen cargo de la precaria situación de medios ofensivos de nuestras tropas. El 2 de marzo, cuando ya su ejército ha crecido, Santana dice a Bobadilla (ver E. Rodríguez Demorizi, Guerra Dominico-Haitiana, pág. 118), desde Baní: "Se hace de necesidad el que usted haga salir tropas para este cantón. Vea si es posible proporcionarnos algunos fusiles, hacer salir lo más pronto posible La Leonor, y que haga venir más lanzas, que ya todas las que mandó las he repartido y me queda gente desarmada".

El día 9 (obra citada, pág. 123), renovaba su apelación al Presidente de la Junta Central Gubernativa. Demandábale "fusiles en el mayor número que puedan, pues de Azua para abajo nos servirán de poco las lanzas; tropa con que reforzar la armada y caballos, pues la caballería me es indispensable".

El 10 de marzo (obra citada, pág. 124), refiriéndose a unas reses recibidas, participábale: "es lo único que tengo que darles a las tropas mañana, habiendo tenido hoy que pedir cien pesos prestados para completar las raciones que hace días se les está dando en dinero

(a las tropas) a razón de un real diario cada hombre, porque no tenía víveres ni carne".

En fecha 18 alude al reclamo que le hacen (misma obra, pág. 129) de Las Matas, vía el Comandante José Durán, en Chingüela y dícele que por allí se hallan "desprovistos de municiones, armas y gente".

Por último, su carta del 20 (obra citada, pág. 131) ilustra por sí sola toda la situación. Héla aquí:

"Compañero y amigo: En este momento, siendo las ocho de la noche, acabo de recibir un oficio del Comandante Antonio Duvergé, de Azua, fecha de ayer, en que me dice haber recibido una nota del Comandante Fernando Tavera, fecha 19, de Neiba, el que le dice y encarga con particularidad ponga en mi conocimiento inmediatamente, que la gente que comanda se encuentra toda desarmada, causa por que sin embargo de hallarse con un gran número de hombres reunidos, no le ha sido posible continuar su marcha en persecución del enemigo, costándole detenerse en Neiba, en donde espera a la mayor brevedad se le auxilie con municiones y armas de toda clase, en particular de fuego, pues absolutamente tiene ningunas.

A continuación me dice el Comandante Duvergé haber pasado revista ayer en Azua a 356 hombres que se le han reunido de los naturales de dicho lugar; los cuales se encuentran, si es posible, en peor condición que los del Comandante Tavera, de armas y municiones, no teniendo un solo fusil por haberlos desarmado el enemigo en su retirada; y en esta virtud estimaré a V. que a la mayor brevedad me remita todos los fusiles, lanzas, sables y municiones que pueda, para tener con que proveer sin pérdida de tiempo todas esas tropas, que sin ellas nos son más embarazosas que útiles; y ya ve V. que me es indispensable atender a todas las necesidades y socorros que pidan esos pueblos, pues sabemos que todavía se hallan los haitianos en nuestro territorio, y así espero que V. tome el mayor interés en que se me remitan las municiones y armas que le pido".

Hay todavía lugar para más. En 1852 se publicó en Londres un folleto titulado "La República Dominicana y el Emperador Soulouque". Su autor es Stanley S. Heneken, quien se oculta bajo el seudónimo de Britannicus. De la brega de Azua, él dijo:

"El Presidente Hérard, con el ejército principal, había llegado anticipadamente a Azua, donde fué recibido por el mortífero fuego de los seibanos al mando de Pedro Santana, por quien fué vigorosa-



mente atacado el 19 de marzo y rechazado; pero estando los dominicanos escasos de municiones y no considerándose todavía bastante fuertes para resistir fuerzas tan superiores, evacuaron a Azua el siguiente día.

## CONGLUSION

Nadie osará negar que las viejas crónicas consultadas y transcritas, ponderan sobre las conciencias exentas de prejuicios, con un reclamo revalidatorio del dictamen con que la pasión partidista de su tiempo ha condenado la conducta de Santana en Azua, en 1844. Cuando se compacte el criterio que ya comienza a fraguar, la historia que está por escribirse y que elaboran asíduos y silenciosos en sus retortas nuevos investigadores, podrá decir que la retirada de Azua y la valiente y porfiada acción dilatoria del insuficientemente encarecido Fernando Tavera en Neiba, contra la columna Souffront, lo que impidió su conjunción con la de Charles Herard el 19 de marzo, salvaron entonces la República.

Si Souffront hubiese llegado a tiempo a Azua, y si Santana con sus bisoños hombres desarmados hubiera sufrido o esperado su aparición en el campo de batalla, acaso sus implacables detractores se gozarían en otro idioma de su derrota.

II

## LA ULTIMA BATALLA DE MARZO

La última semana de marzo de 1844, Santiago de los Caballeros, la capital del Cibao, era una ciudad inquietada por una desoladora consternación. Un documento que autoriza con su firma don Pedro Eugenio Curiel, testigo que fué del acontecimiento épico, y publicado en "El Porvenir", de Puerto Plata (¹), en septiembre de 1881, da fidedigno testimonio de ello. Dice el memoralista citado que "el desaliento y el temor cundían por todas partes". "Con muy raras excepciones todos pensaban en la fuga". Era un laberinto sin jefe, sin orden, sin disciplina (²), todo a merced del pueblo que

<sup>(1)-</sup>Reproducido en Guerra Domínico-haitiana, E. R. D., pág. 36.

<sup>(2)—</sup>Conformado por Teodoro Stanley Henekén en The Dominican Republic and the Emperor Soulouque, Filadelfia, 1852.

unas veces se entusiasmaba y otras veces perdía la seguridad del triunfo". Tan general era el desaliento y el espíritu derrotista, que cuando el General Ramón Mella, acompañado de los altos oficiales Pedro Ramón Mena y José Desiderio Valverde, se dirigieron a Las
Matas, para hacer leva de gente, el primero dejó al Capitán de artillería José Mª López, tres clavos de acero para que "en caso de que
fuera en vano toda resistencia, clavara los cañones". Y como si fuera poco todavía, el prestigioso General Felipe Vásquez, Jefe de la
Provincia de La Vega, llamado para que se hiciera cargo de la defensa de la plaza, por motivos de salud, de acuerdo con lo que informa Theodore Stanley Henekén, abandonó el honroso cargo que
había recibido de los santiagueses, dejando el pueblo a sus propias
inspiraciones.

¿Qué suceso; qué calamidad horropilante autorizaba este pánico, desbordado como un río fuera de madre?

15,000 haitianos que habiendo atravesado la frontera sin mayores dificultades, después de derrotar en Talanquera al General Francisco Antonio Salcedo, se venían encima de la ciudad que ya en 1805, comandados entonces los invasores por el feroz Cristóbal, había sido presa del degüello, del pillaje y del incendio.

Transcurridos más de cien años entre aquellos días aciagos y éstos de sosegada paz, apenas uno concibe que esos mismos hombres confusos, atolondrados y desamparados, dos o tres días después humillaran con la derrota al imponente y presuntuoso invasor. Pudieron apacentar sus ánimos, prepararon sus armas, organizaron y distribuyeron sus tropas, hicieron trincheras, cavaron fosos alrededor de sus reductos, montaron cajones en ellos y atinaron al seleccionar al mejor hombre para enardecerlos y hacerles vomitar, con odio, la granizada mortífera de la metralla.

Este vuelco sorpresivo de espíritus alicaídos no fué la obra del milagro. Fué la obra del ascendiente poderoso de un hombre, que con esto sólo había acreditado su condición de Capitán. Al elegirlo y conservarlo, Santiago de antemano se había salvado. !Bien haya merecido de la posteridad el General José Mª IMBERT!

Ninguna acción bélica entre todas las libradas en las luchas por la Independencia, con ser muchas, ha sido tan insistente motivo como la efectuada en Santiago el 30 de marzo de 1844, para historiógrafos y hombres de pluma, en general. Pese a esta frondosa literatura, que

una que otra vez se ve enriquecida con esclarecimientos de detalle, todavía no ha nacido un relato homogéneo y coherente, que cubra todas las fases de la espléndida función de armas, en modo tal que deje racionalmente respondidas las inquietantes interrogaciones que aún hoy, y hoy más que nunca en medida del proceso intelectual de los pueblos, suscita el sangriento episodio.

Es que para tener una noción exacta, o aproximadamente exacta del gran encuentro, no basta ir a la fuente histórica de José Gabriel García, Manuel Ubaldo Gómez o Bernardo Pichardo. El primero, con ser el más amplio relator, no ha tenido éxito en reconstruir el hecho, punto por punto; el segundo, aunque es el más didáctico, peca de ser excesivamente sumario; y en cuanto al último, que es el más galano expositor, es el que más errores acumula.

Para localizar una perspectiva verosímil de la batalla, de sus variadas incidencias, y en general de todos los instantes de su desarrollo, es obligatorio rastrear, dar caza a la verdad en los escritos de Imbert, don Pedro Eugenio Curiel y el doctor Alejandro Llenas, que constituyen, de consuno, la piedra angular de todo conocimiento en la materia.

Pero no es bastante una superficial y cómoda lectura de los mismos: precisa desarticular su redacción; hacer, diríamos, la sutura de todos los elementos disgregados, allí donde el buen sentido indica que es su lugar, pues pese a que un distinguido escritor, Sócrates Nolasco (³), considera que la pieza de Imbert "TIENE UNA PRECISION DESCRIPTIVA Y UNA DIAFANIDAD QUE DENUNCIAN AL GALO DE PURA CEPA", la verdad es que, siendo una pieza sobria, de una objetividad intachable, garantía de la imparcialidad de su esencia, también es flagrantemente escueta, de manera que para arrancarle toda la riqueza informativa atesorada en sus entrañas, tiene que ser compulsada frecuentemente con las noticias de los otros dos versionistas citados.

En este orden es trascendente tener en cuenta que para modelar en la mente una idea ordenada y completa de los hechos, todavía es necesario tener a la disposición una perspectiva del escenario de los acontecimientos; fijar su topografía y localizar en la misma los lugares más caracterizados en relación con el acontecido. El descuido de este extremo de la situación, es responsable de los numerosos ye-

<sup>(3)-</sup>Vide "Viejas Memorias". La otra batalla de Marzo, pág. 31.

rros cometidos por algunos investigadores y de las dificultades para una lógica interpretación del todo.

Aquí cabe expresar que Santiago, de Oeste a Este, se asienta so bre dos terrazas. La primera que es la sabana de Gurabito, delimitada por el río Yaque al Sur y al Sudoeste termina allí donde el terreno se accidenta y culmina en algunas eminencias, de las cuales la más pronunciada es el empinado cerro llamado hoy parque Imbert y entonces Fuerte Dios. Aproximadamente al Sur de este reducto, y más o menos donde se encuentra, en la calle "Restauración", la residencia llamada "Mansión Presidencial" (4), estuvo el fuerte Patria; y todavía más abajo, donde existe hoy el "Asilo Santa Ana", asentó sus cimientos el fuerte "Libertad".

Hacia el Oeste de esta fortificación, no muy distante, pero ya en la sabana, existió un cementerio, "siguiendo, como narra don Pedro Eugenio Curiel, el camino que conduce al río por la "Otra Banda". Este cementerio, llamado en las narraciones "el cementerio viejo", es erróneamente colocado por algunos entre los fuertes "Dios" y "Patria". Del mismo modo el camino aquí mencionado es también confundido con el otro, que también conduciendo a la "Otra Banda", se proyecta en dirección al río, a continuación de la calle "Restauración", y el que guardaba el fuerte "Patria".

A partir de una línea irregular e imaginaria que sirviera de eje a los tres fuertes ya nombrados, y hacia el Este, se extiende la segunda terraza cuyo nivel va ascendiendo progresivamente hasta las vertientes occidentales de los cerros llamados San Luis y el Castillo, asiento, respectivamente, de la fortaleza San Luis y el Monumento a la Paz.

En las fortificaciones varias veces nombradas se instalaron sendas piezas de artillería, siendo la del Dios, de a ocho, la de mayor calibre. Fué Jefe de la artillería, y a la vez encargado de la pieza mayor (5), el entonces Capitán José Mª López. En el mismo fuerte dicho, y en sus defensas accesorias, tomaron posición las tropas de la juventud de Santiago (el batallón "La Flor"), cuyo jefe era el Coronel Angel Reyes (6). En el fuerte "Libertad", que era el más débilmente artillado, ocuparon lugar las tropas de La Vega, y a la cabeza

<sup>(4)—</sup>En el patio de esta casa, se dice, hay restos de la fortificación.

<sup>(5)—</sup>Vide parte oficial de la batalla en "Guerra Dominico-haitiana". E. R. D., pág. 92.

<sup>(6)—</sup>Ver Dr. Alejandro Llenas: "Combate del 30 de Marzo de 1844", en Gaceta Judicial, Santiago, marzo 1935, Nº 5.

de ellas los capitanes Ramón Martínez y Marcos Trinidad; y en "el cementerio viejo", al Oeste del fuerte últimamente mencionado, como avanzada (7), se colocó el Capitán Fernando Valerio, con una compañía del batallón de Sabana Iglesia.

Por último, para cubrir la retaguardia, se fijó en el fuerte "San Luis", el General Francisco Antonio Salcedo (a) Tito Salcedo.

Todavía, antes de hacer el examen del parte oficial de Imbert, es importante aclarar que a partir de Mao, el haitiano avanzó sobre Santiago dividido en dos columnas que marcharon más o menos paralelas al Yaque, una frente a una margen y la otra frente a la otra. La que transitó por el llamado camino de "Entre los Ríos", atravesó el Yaque (8) por el "Paso Real", pasó más abajo del actual puente que comunica con la barriada de Bella Vista, en el camino de la "Otra Banda"; y la que se desplazó por el camino de Navarrete, después de pasar "Cuesta Colorada", desembocó en la parte de la sabana, ya urbanizada, que hoy llaman Gurabito.

Con todos estos antecedentes, pongamos atención al parte oficial de la gran lucha, que en su porción esencial dice así: "Se había formado el cnemigo sobre dos columnas de cerca de DOS MIL HOMBRES cada una. La primera se dirigió "rápidamente", en buen or den y LAS ARMAS AL HOMBRO, precedida de un cuerpo de caballería hacia nuestra izquierda que era nuestro punto de defensa más débil. El Coronel Pelletier, por mi orden, y según el informe del Comandante Archille Michell, que nuestra izquierda necesitaba ser reforzada, hizo transportar al paso de carrera, la mitad de nuestros hombres del centro, a la cabeza de los cuales se puso el Comandante Archille Michell; y fué tanto el entusiasmo de los nuestros que los hombres que custodiaban la batería del centro, viendo a sus compañeros que iban a la izquierda, se precipitaron también, dejando esta batería casi sola.

Al instante ordené al Coronel Pelletier, que inmediatamente los hiciera reemplazar por otro destacamento. Seguidamente LOS NUESTROS SE VINIERON (9) A LAS MANOS CON EL ENE-

<sup>(7)—</sup>Ver carta de Pedro Eugenio Curiel al General Segundo Imbert, en "Guerra Dominico-haitiana", E. R. D., pág. 86.

<sup>(8)—</sup>Pedro Eugenio Curiel y el doctor Llenas, escritos citados.

<sup>(9)—</sup>La frase debe interpretarse en el sentido de que los dominicanos iniciaron la acción; de otro modo era lo correcto decir: el enemigo se vino a las manos con los nuestros. Y todavía: los enemigos y los nuestros se vinieron a las manos para indicar concomitancia.

MIGO; principió una fusilcría "bastante (10) viva": cl enemigo SE ATEMORIZO y RETROCEDIO, quedando ALGUNOS DE ELLOS MUERTOS POR NUESTRAS LANZAS Y MACHETES".

El parte continúa de la siguiente manera: "Volvió, sin embargo, CON MUCHA INTREPIDEZ; PRINCIPIO EL FUEGO DE NUESTRAS PIEZAS (11) y la mortandad del enemigo lo hizo detener un instante en su marcha: su caballería fugó y no apareció más en toda la acción; pero poco después, recobrando ánimo el enemigo, volvió de nuevo ai ataque A PASO DE CARGA y en columna cerrada. Con el mismo vigor fué recibido por los nuestros y NUESTRA ARTILLERIA LE MATO TANTA GENTE, que renunció a nuevos esfuerzos de este lado, y se retiró para juntarse con la otra columna".

El parte prosigue así: "El enemigo, habiendo reunido así todas sus fuerzas, atacó entonces a nuestra derecha, tan furioso que
UNA DOCENA DE ELLOS VINIERON A EXPIRAR AL PIE DE
NUESTRA BATERIA DERECHA "muertos por nuestros fusileros". ESTA PIEZA HIZO SUFRIR GRANDES PERDIDAS AL
ENEMIGO: pero aunque rechazado se presentó varias veces en buen
orden. Por última vez se presentó en columna cerrada. Y NUESTRA ARTILLERIA DEJANDOLE AVANZAR DE FRENTE, la
pieza de la derecha "tiró con metralla" (12) sobre esta masa e hizo al
centro un claro espantoso; la pieza de la izquierda "ejecutó lo mismo" y ocasionó al enemigo igual destrucción, de modo que la cabeza
de la columna, hasta su centro, fué reducida como a veinte hombres,
que NUESTROS SOLDADOS DE LA BATERIA DERECHA ACABARON A TIRO DE FUSIL".

"Entonces el enemigo perdió enteramente el ánimo y cesó toda tentativa de ataque. El combate había principiado a las doce y siguió hasta las cinco de la tarde. El enemigo mandó un parlamentario y el nuestro salió a su encuentro al medio de la sabana a igual distancia entre los dos ejércitos".

Hasta aquí la parte medular del informe a la Junta Central Gubernativa.

<sup>(10)-</sup>Adverbio de cantidad que significa ni mucho ni poco.

<sup>(11)—</sup>El fuego de la artillería se inició en el segundo tiempo de la primera fase de la batalla.

<sup>(12)-</sup>Negritas y bastardillas son del autor.

Por lo que se echará de ver, la batalla tuvo dos fases. La primera arranca del instante en que la columna de infantería, precedida de caballería marcha hacia las fortificaciones de la izquierda, hasta que estas fuerzas, diseminadas, se juntan a la columna que a la derecha había permanecido inactiva. La segunda fase comprende desde el primer ataque al fuerte Dios hasta el último ocurrido hacia las cinco de la tarde.

En el primer ciclo se distinguen perfectamente diferenciados tres momentos o tiempos. En el primero, que marca la iniciación de la contienda, el haitiano se ha conducido tan anómalamente, tan en contradicción con las más rudimentarias reglas de la guerra, que uno no puede menos que llamarse a extrañeza; con tanto más motivo cuanto que nuestro enemigo, versado desde los días de su guerra de independencia y aún desde antes, en achaques de armas, hasta antes de cruzar el río Yaque, había dado pruebas suficientes de su habilidad, disimulando con mucho cuidado su marcha, caminando con precaución, no dejando a la vista sino cien maroteros, que al decir de Imbert, en la pieza tantas veces mencionada, "pillaban, incendiaban y devastaban los lugares".

Efectivamente; en este primer momento la atención es requerida hacia los siguientes hechos:

1º-Que el enemigo camina hacia nuestras posiciones defensivas del ala izquierda, sin una previa acción de patrullas para fines de tanteo;

2º-Que su movimiento lo realiza en orden de marcha; esto es. caminando los soldados CON SUS ARMAS AL HOMBRO:

30-Que al primer acto ofensivo de los nuestros, SE ATEMORIZA Y RETROCEDE.

¿Es que esperaba realizar sus fines sin tener que medir sus armas con las de los criollos?

Es casi más que probable ya que existen claros indicios de que el haitiano tenía en la ciudad una quinta columna. No debe extrañar si se piensa en las vinculaciones que un ocupante puede dejar establecidas con una larga dominación sobre un país (13).

<sup>(13)—</sup>No puede descartarse como otra hipótesis posible, aunque más desnuda de indicios en su apoyo, la de que el enemigo esperaba apoderarse por sorpresa de la ciudad, dada la hora del ataque entre doce y una del día.

Precisamente, corresponde a un acucioso santiagués, Sebastián Emilio Valverde, haber hecho pública la primera sugestión alrededor del punto. En un escrito suyo (La Nación, 28 de marzo de 1942, pág. 39), dice el aludido: "Parece curioso que Pierrot no atacara por el Norte, donde sólo el fuerte Dios, en parte, podía ser útil para la defensa. Con haber marchado por Gurabo hubiera podido Pierrot atacar a Santiago por un lado vulnerable; pero parece que los planes del ataque de Pierrot sufrieron una alteración con la inesperada muerte de su "quinta columnista" principal, el coronel Núñez" (13-bis).

La muerte del coronel Núñez, acaecida accidentalmente por la caída de su arma, que se disparó con la conclusión consiguiente a su impacto con el suelo, es algo bastante divulgado. Lo que resulta casi una novedad sugestionante, y que encuadra dentro del marco extraño con que se abre el turno de las armas en la batalla, es el cargo que sobre él recae de "quintacolumnista".

Con el conocimiento de estos elementos cometería pecado quien delineara en su espíritu la sospecha de que aquella quietud de la columna principal, en Gurabito, frente a la imponente amenaza del fuerte Dios, mientras la acción progresaba en el ala izquierda, no era en la espera de que los que por la izquierda, intentaron penetrar en orden de marcha, vinieran por la retaguardia del batallón "La Flor", a abrirle la puerta mayor de la ciudad?

A esta altura, no puede echarse a desprecio una declaración que el Presidente Charles Herard, hiciera al Contralmirante de Moses en Azua, en la entrevista que allí tuvieron el día 1º de abril de 1844. Díjole Gerard Riviere a de Moges "que él iba a ponerse en marcha en la primera oportunidad con los doce mil hombres que tenía con él, los que iban a engrosarse con una división de Leogane, PORQUE EL TEMIA QUE TEMPORIZANDO MUCHO, OTRA DIVISION DE QUINCE MIL HOMBRES QUE MARCHABA POR SANTIAGO Y QUE NO DEBIA ESTAR LEJOS DE SANTO DOMINGO (ya estaba vencida) SE DEJASE ARRASTRAR POR UNA EXALTACION QUE EL COMANDANTE EN JEFE QUERIA MODERAR".

<sup>(13</sup> bis).—Ver José G. García: "Nuevas Coincidencias Históricas", Santo Domingo, 1892, pág. 13.

El suponer Charles Herard, la división de Pierrot, el día 1º de abril. no lejos de Santo Domingo, podría no considerarse como un desplante sino revelación de que tenía el convencimiento de que Santiago no ofrecería resistencia (14).

59

Pero el hecho es, y de esto sí hay ya prueba conclusiva al alcance de la mano, que después de la batalla se formularon cargos de traición, por parte de Mella e Imbert (15), a varias personas, entre ellas al doctor Pierre Bergés, el mismo que junto con Manuel M. Frómeta, fué comisionado por Imbert para vigilar el desarrollo de los movimientos del haitiano sobre la ciudad. El doctor Bergés fué preso y conducido a Santo Domingo, de donde, por diligencias de Saint Dennys, cónsul de Francia, fué puesto a bordo de un barco de guerra, para ser devuelto al extranjero. Se carece de los detalles de la acusación, porque los originales de las cartas acusatorias no fueron transcritos por la Misión Paradas, en los archivos del Ministerio de Negocios Extranieros. Pero la medida de la gravedad del caso lo da el mismo agente consular a su gobierno en carta que escribió a Guizot el 13 de abril de 1844, iniciándola así: "A seguidas de la brillante victoria que los dominicanos del norte han tenido en Santiago, el 30 de marzo último sobre la columna expedicionaria haitiana mandada por el general de división Pierrot, ALGUNAS PERSONAS INFLU-YENTES DE ESA CIUDAD, se encuentran comprometidas por la conducta que ellas han tenido durante la acción. De ese número es el doctor Bergés, médico francés establecido en Santiago.

Es necesario volver a este raro y misterioso primer tiempo de la primera fase de la batalla, pues en él se realiza uno de los episodios más encomiados de la gran lucha: la carga de los andulleros, que

<sup>(14)—</sup>Según Thomas Madiou, Historia de Haití, volumen IV, (1844-1846), a las tropas del Sur se les había dicho que algunos pueblos, entre ellos Baní y San Cristóbal continuaban leales a ellos. Declaración semejante hizo Charles Herard a de Moges, en la entrevista citada.

<sup>(15)—</sup>Se tendrá prueba concluyente cuando se obtengan copias de sus piezas, depositadas en el Ministerio de Marina, en París. El doctor Bergés, quedó residiendo en el país por intervención del Cónsul de Francia, y tomó parte activa en los sucesos de 1849.

es completamente ignorada por José Gabriel García (16), el padre de la historia. Cosa excusable en parte, porque nuestro más conspicuo historiador no contó, ostensiblemente, para integrar su relato, más que con las referencias de don Pedro Eugenio Curiel, que también pasa por alto el episodio, y con la pieza oficial de Imbert, donde se encuentra comprimido y reducido a estas desnudas palabras: "Seguidamente los nuestros se vinieron a las manos con el enemigo; principió una fusilería bastante viva; el enemigo se ATEMORIZO Y RETROCEDIO, QUEDANDO ALGUNOS DE ELLOS MUERTOS POR NUESTRAS LANZAS Y MACHETES".

#### Conocidos estos tres datos:

- a) que el enemigo se aproximó primeramente a las defensas de la plaza por el camino que pasaba junto al cementerio viejo;
- b) que en el cementerio estaba Valerio de avanzada, con la gente de Sabana Iglesia;
- c) que la refriega que por allí tuvo lugar terminó con un balance de "ALGUNOS DE ELLOS (los haitianos) MUERTOS POR NUESTRAS LANZAS Y MACHETES";

se impone por sí misma, como deducción consecuente, que esa, la primera prueba de armas del evento bélico, la constituyó la sonada carga de los andulleros.

En abono de la afirmación oigamos al doctor Llenas: "Una de sus tropas (las del enemigo), habiendo intentado penetrar en la población entre el fuerte Libertad y el Yaque, Valerio les salió al encuentro y después de una lucha heroica, los hizo retroceder destrozados por el machete dominicano".

Por su parte don Manuel Ubaldo Gómez ("La Cuna de Améri ca", abril de 1912) coincidiendo esencialmente con el anterior, escribe: "Unas de las columnas, amparadas en un cuerpo de caballería, avanzó sobre la izquierda, que era el punto más débil, dando los dominicanos, una carga a los más arrojados con lanzas y los machetes, que tuvieron que retroceder dejando varios muertos".

<sup>(16)—</sup>Ver J. G. García Compendio de la Historia de Santo Domingo, volumen II, págs. 247 y siguientes. Cuando se publicó este volumen (1894) todavía el doctor Llenas no había dado a luz (1895) su relación.

Y todavía, en abono del juicio, extractamos del doctor Alcides García Lluberes ("La Opinión", 30 de marzo de 1933, pág. 39): "Tres cargas sucesivas dió sobre esa, el ala izquierda de nuestro ejército. En la última (debió haber dicho en la primera) quiso expugnar la ciudad por entre el fuerte Libertad y el río Yaque. Entonces fué cuando nuestros soldados blandieron el arma blanca y rechazaron el intruso con los botes de sus lanzas y los tajos de sus machetes. El Capitán Fernando Valerio, a la cabeza de las tropas de Sabana Iglesia, conquistó UN BUEN GAJO de laurel en este episodio de la batalla".

Es notable que, aunque en las inmediaciones del lugar donde esta refriega de los andulleros tomaba cuerpo había un cañón de a dos, (el del fuerte Libertad), esta arma no entró en acción en aquel momento, sino en la segunda aparición del enemigo. De entre las varias hipótesis que puedan construirse para justificar su silencio, la más racional parecería la de que la inactividad de la mortífera arma se imponía para no hacer víctimas de la metralla nuestra a la gente de Valerio, enfrascada en ardida lucha con el mañé. El mismo fundamento existe para raciocinar en el sentido de que el tiroteo bastante vivo que señaló el comienzo de la brega, no pudo ser hecho del fuerte Dios ni de sus atrincheramientos, sino por la misma gente de la avanzada de Valerio; de donde resultara que la primera página del gran evento bélico no tuvo más actores que el benemérito jefe mencionado y la reducida hueste que encabezaba.

La carga de los andulleros suscita todavía un punto de detalle sujeto a controversia y que constituye, por lo mismo aunque en menor escala, material para la crítica. Es el de decidir si la tropa de Valerio era de caballería, de infantería o de ambas armas.

El examen inmediatamente anterior nos permitió concluir en la afirmativa de que sólo su gente fué la que se vino a las armas con el enemigo, y aunque en esta oportunidad hubo una fusilería bastante viva, los muertos abandonados por el enemigo lo fueron por acción de lanzas y machetes. Consecuencia: que los hombres de Valerio no solamente poseían estos dos últimos instrumentos ofensivos sino también fusiles. Esto es que la suya era una fuerza mixta formada por fusileros y lanceros.

Los lanceros, que a su vez (es lo más lógico) fueran los macheteros, debieron constituir una fuerza de caballería. Un doble fundamento nos asiste para cimentar esta opinión. El primero es que los hombres de lanzas (hay prueba categórica de ello en Palo Hincado) para facilidad de manejo del arma, fueron siempre a lomo de caballerías; el segundo es que como la tropa haitiana atacada venía precedida de un grupo de caballería (17), resulta enojoso imaginarse que los nuestros, si no contaban a su vez con la misma arma, se lanzasen a pie (18) contra el enemigo o contra la infantería que ella protegía.

Usando, pues, algunas dosis de imaginación, lo concedemos sinceramente, la acometida de Valerio pudo resultar así:

Pelotones de infantería (fusileros) parapetados detrás de las tapias del cementerio, frente al camino por donde desfilaba la columna enemiga. Tropa de caballería (lanceros) ocultos tras el lienzo de pared del cementerio, situado al oeste. Vale decir frente al fuerte Libertad.

Al pasar la tropa enemiga por el camino rumbo a la ciudad, los fusileros hacen fuego. Seguidamente la caballería dominicana oculta se lanza sobre la caballería haitiana que retrocede atemorizada, dejando en el abandono, desordenada y atropellada por ella, su infantería, que es víctima de las lanzas y machetes de los criollos.

Es lo que sugiere el doctor Llenas, cuando relata en su tan socorrida relación, y justamente en este pasaje de la batalla que: "Una gran parte de éstos (los haitianos) al vadear el Yaque, que estaba entonces crecido, fueron atropellados por su misma caballería y perecieron ahogados".

Con todos estos pormenores prestándose y completándose como elementos de juicio, y tomando en consideración el balance de haitianos muertos POR LANZAS Y MACHETES, sin hacer menosprecio del dato constituído por la exigüidad (una compañía) de los efectivos de Valerio, estamos autorizados en oposición a afirmaciones adversas, a producir las conclusiones siguientes:

Que la llamada Carga de los Andulleros, no fué contra las divisiones haitianas, sino contra una columna avanzada de ellas;

<sup>(17)—</sup>En la playa había 100 hombres de caballería de San Francisco de Macorís.

<sup>(18)—</sup>Sin embargo pudiera ser que la gente de Valerio fuera toda de infantería. La historia es muchas veces rectificación y rectificación de rectificaciones.

Que esta particular acción de guerra no tuvo por teatro las inmediaciones del fuerte Dios, sino del fuerte Libertad;

Que ella no fué el último acto sino el primero de la contienda;

Que consiguientemente, ella no pudo decidir ni decidió la suerte de la batalla.

El factor decisivo en la memorable función de guerra, que consolidó la independencia de la República, y que será siempre laurel y blasón para Santiago, fué el efecto exterminador de la metralla arrojada por los cañones, con la mayor oportunidad y la mayor precisión.

Desde el parte oficial de Imbert, ya conocido por la audiencia, la totalidad de los analistas del renombrado hecho de armas, concurren en esta afirmativa. En homenaje a la verdad nos remitimos una vez más al juicio del doctor Llenas, siempre acertado en las cuestiones cardinales del evento. De su escrito extractamos el siguiente párrafo: "Los dominicanos habían quedado vencedores en esa jornada, GRACIAS PRINCIPALMENTE A LA BUENA DIRECCION DE NUESTRA ESCASA ARTILLERIA, cuyo jefe, José Mª López, fué proclamado comandante (19) en el campo de batalla".

Como un tributo al valeroso Capitán y excelente artillero, séanos permitido recordar en las vísperas de la fecha gloriosa, que todavía hay espacio sobrante en la Sala Capitular del Ayuntamiento de Santiago, para un óleo más.

El parte de Imbert termina con arreglo a esta manera: "El enemigo no dejó en el campo de batalla menos de 600 muertos, y según el efecto que produjo la metralla el número de sus heridos ha de ser mucho mayor; el camino que sigue en su retirada no es sino un vasto cementerio.

Por una protección manifiesta de la Divina Providencia el enemigo ha sufrido semejante pérdida sin que nosotros hayamos tenido que

<sup>(19)—</sup>Confirmado por don Pedro Eugenio Curiel y por el mismo José M<sup>3</sup> López. Ver carta del último a don Segundo Imbert, Guerra Dominico-haitiana, E. R. D., pág. 84.

sentir la muerte de un solo hombre, ni tampoco haber tenido un solo herido. Cosa milagrosa que sólo se debe al Señor de los ejércitos y a la justa causa!".

Mucha gente lee con escepticismo este último párrafo. Una batalla sin muertos de parte de los victoriosos concita dudas de buena casta. Si se buscan precedentes sólo se encontrarán en las páginas de la Biblia, cuando los ángeles con espadas de fuego tomaban partido, en sus guerras, por el pueblo elegido de Dios.

Los incrédulos sustentan la teoría de que las bajas dominicanas se ocultaron con la intención de que los ánimos del pueblo y de los combatientes se exaltaran y se levantara su moral combativa, creyendo de su parte la intercesión de la Providencia.

Empero las noticias y los argumentos para que prevalezca lo atestiguado por el parte son numerosos, de distintas fuentes y concluyentes por añadidura.

Ya se sabe que los muertos haitianos fueron 715 y un muerto dominicano. Probablemente el contuso de Sabana Grande, mencionado por don Ubaldo Gómez, que muriera después de redactado el informe oficial.

"La primicia se la debemos al cónsul Saint Dennys (20), tan franco como Imbert, Pelletier, Michell y el doctor Bergés. En carta del 24 de mayo de 1844 al Ministro Guizot, decía el cónsul:

"Podrá creerse en Europa, a una tan gran distancia del teatro de los acontecimientos, que campesinos carentes de todo, mal alimentados, sin disciplina, sin jefes capaces y por así decirlo, entregados a sus solas inspiraciones, hayan podido en tan poco tiempo rechazar con ventajas tan marcadas, por todas partes donde él se encontró en su camino, un enemigo tan superior en número y en recursos? Podrá creerse que el cuerpo de ejército bajo las órdenes del general haitiano Pierrot, ha desaparecido para no reaparecer jamás, después de haber dejado frente a Santiago 715 muertos y número al menos igual de heridos, cuando ese brillante triunfo no ha costado a los dominicanos más que un solo hombre? "Ese resultado, señor Ministro, no parece tener de prodigio? ¿La mano de Dios no se muestra visiblemente en esta lucha desigual?".

El Cónsul de Francia en Santo Domingo, no puede ser sospechoso, dados sus vínculos con Imbert y sus oficiales franceses, de des-

<sup>(20)-</sup>Ver Saint Dennys, Obra citada, volumen I.

conocer las intimidades de lo habido en Santiago. Ni puede suponérsele interesado en engañar a su gobierno.

Pero hay más, Emilio Rodríguez Demorizi cita del "Courrier des Etats Units", periódico de Nueva York, del 30 de abril de 1844, el siguiente párrafo de una carta del 8 de abril, escrita desde Cabo Haitiano: "Se dice que los haitianos fueron recibidos a golpe de metralla. Se estima en 200 las pérdidas de los haitianos en este combate, mientras que los dominicanos COLOCADOS DETRAS DE SUS TRINCHERAS no han perdido a nadie". Del mismo periódico; pero esta vez escrita en Puerto Plata el 8 de mayo, un mes después de la otra, y dirigida a la casa Aymard y Co., otra carta, de la cual sólo extraeremos, por ser el que conviene al caso, el párrafo que dice: "En la defensa de Santiago NI UN SOLO ASEDIADO FUE MUERTO; UNO SOLO FUE LIGERAMENTE HERIDO. Tan increíble como parezca es verdad".

Teodoro Stanley Henekén, Pedro Eugenio Curiel y el doctor Llenas, que publicaron sus versiones en 1852, 1881 y 1895, nada expresan sobre las bajas dominicanas. Habiendo desaparecido o siendo frustratorias las razones para seguir el ocultamiento, bien pudieran haber hecho divulgar la verdad.

El doctor Alcides García Lluberes, ha ensayado justificar la ca rencia de bajas de este modo: "Nosotros combatimos en la mayor parte de la lid al amparo de tres fuertes y numerosas defensas accesorias; estábamos sobre cerros y el enemigo tuvo que avanzar por el llano; el ejército haitiano carecía del tesón que lo anima cuando pelea por la libertad de su raza y la independencia de su suelo". A lo que puede sumarse, decimos nosotros, que los haitianos no emplearon artillería en el ataque, ya que según el historiador cubano don Mariano Torrente, citado por Vergés Vidal (21), se encontraron con que las balas que habían traído no les servían a sus cañones.

Pero un laureado escritor de motivos históricos y otros afines, le creó su cementerio y hasta un hospital a la batalla. De encuestas hechas por él entre gente anciana de Santiago, por espacio de nueve meses, calculó que tuvieron 250 muertos y heridos (22).

<sup>(21)—</sup>Ver su opúsculo "La Batalla del 30 de Marzo de 1844 e historia de Santiago".

<sup>(22)—</sup>Nadie informa haber visto los heridos y mutilados de la batalla.

El reputado historiador Emilio Rodríguez Demorizi, desvaneció la bizarra ocurrencia, con este período sazonado de fina ironía: "Según la tradición y la historia en la célebre batalla del 30 de marzo de 1844, no hubo una sola víctima en las filas dominicanas. Así era hasta aver; pero ya en nuestros días un estimable escritor afirma que en la discutida acción de armas murieron 250 dominicanos, de lo que resultaría este milagro: QUE NINGUNA DE LAS FAMILIAS A OUE PERTENECIERON TALES VICTIMAS LE TRASMITIO A SUS DESCENDIENTES el recuerdo de su glorioso duelo. Porque en ningún hogar del Cibao se ha oído esta exclamación: "Mi padre. mi abuelo, o mi hermano, murió en la batalla del 30 de marzo".

A ciencia cierta no se sabe el número verdadero de haitianos que formaron la armada enemiga. Según los versionistas haitianos se trataba de 15,000. Según Henekén, que estaba en Cabo Haitiano cuando se formaba el cuerpo de ejército expedicionario y también estaba allí a su regreso derrotado, eran 12,000. El doctor Llenas calcula 8,000. Como quiera que sea, aparentemente sólo 4,000 que formaban la vanguardia, entraron en acción.

En ninguna parte se alude al número de los efectivos dominicanos. El General José Mª López, en carta que escribió un año antes de su muerte, 1881, al General Segundo Imbert, calcula que los haitianos cuadruplicaban a los dominicanos, lo que puede interpretarse como que eran aproximadamente tres mil (23) o mucho menos.

Parece que las tropas de Macorís, Cotuí, La Vega, Moca v Santiago que se batieron el 30 de marzo, no carecían de armas ni de municiones, pues contrariamente a lo ocurrido con el ejército de Santana en el Sur, no se hace eco de esta escasez. De esta manera cobra fuerza lo dicho por el Capitán Harrison, de la Marina de los Estados Unidos, citado por Sebastián Emilio Valverde, que dice: "que él había suministrado las armas con que los negros fueron destruídos en Santiago".

La batalla del 30 de marzo, salvó a Santiago de la ignominia y afianzó la tambaleante nacionalidad recién nacida. Si Pierrot hu-

<sup>(23)—</sup>Tal vez no más de 1,000, ya que el General López no pudo, posiblemente, expresar su juicio sino en vista de los haitianos que tomaron parte en el combate; 4,000, más o menos según Imbert.

biese capturado Santiago, probablemente nada hubiese evitado la caída en sus manos de la capital de la joven República. La única fatal alternativa que se le hubiese presentado a Santana, era ser aplastado entre Pierrot y Charles Herard Riviere. Ahí radica precisamente la trascendencia militar de ese hecho glorioso y épico.

Un historiador haitiano, Tomás Madiou, confirma y eleva a la categoría de alta verdad la victoriosa proeza de Santiago. En cortas palabras él ha dicho: "Pierrot, fué batido frente a Santiago y obligado a retirarse".

Que la brillante gema con que Imbert, López, Valerio, Reyes, Rojas, Gómez Bonilla y otros valientes, enriquecieron el acervo cívico e histórico de la muy noble ciudad de los 30 Caballeros, no se empañe jamás con el vaho inerte del desaliento o el relente de la derrota.